

# La Isla Sin Tesoro

Marcelo Birmajer

Ilustraciones de Pez

loqueleo



1

Los pasajeros terminaban de acomodarse en el avión. Una señora le pidió a un señor el asiento de la ventanilla. El señor accedió, a condición de que la señora le regresara la ventanilla si aparecía algo interesante.

Una niña y un niño, hermanos, se portaban tan mal que la madre los amenazó con hacerlos viajar uno en cada ala si no paraban de pelearse. Los niños, entusiasmados por la amenaza, empeoraron su comportamiento.

El resto de los pasajeros se paraba y volvía a sentarse, para dejar pasar a los que iban llegando, para acomodar sus equipajes o porque no soportaban estar quietos. Sólo un viejecito se mantenía inmóvil, frente a su computadora personal: parecía estar observando, no jugando, un partido de ajedrez en el que había no dos sino tres colores de piezas: blancas, negras y grises.

De pronto, por encima del bullicio, se escuchó el comienzo de una discusión.

Las primeras frases, a las que los pasajeros no prestaron atención, fueron cordiales.

—Señor —decía el señor Morete—. Efectivamente, tenemos el mismo nombre y el mismo número de asiento. Hasta ahí, es una casualidad. Pero el hecho de que usted sea exactamente igual a mí me hace sospechar.

El otro señor Morete contestó, algo más acalorado:

—No sé a qué sospecha se refiere, pero yo soy el señor Giácomo Morete; y el hecho de que usted se llame Giácomo Morete, que sea igual a mí y que tenga mi mismo número de asiento no lo autoriza a ocupar mi lugar. Yo compré este pasaje hace exactamente tres meses, aquí tiene mi t́icket de compra y mi pasaporte.

No solo la ropa, la cara, los gestos y los anteojos de sol eran idénticos; también lo eran la voz, el acento y hasta el modo de respirar. Eran dos personas tan pero tan iguales que tendrían que haberse turnado para vivir una vez cada uno. El otro Morete también presentó su t́icket de compra y su pasaporte. En ambos figuraban los mismos datos, incluida la fecha de nacimiento: los dos Moretes tenían cuarenta años.

Continuaron la discusión, en un tono cada vez más elevado, reclamando cada uno ser el

verdadero señor Morete y el propietario del asiento. El resto de los pasajeros no podía creerlo, pero los inquietaba más otro asunto: mientras aquellos dos seres iguales discutían, el avión no despegaba. Y cuando un pasajero está esperando a que su avión despegue, no le interesa ninguna otra cosa. Ni si ha desaparecido la Tierra ni si una persona se ha multiplicado por dos. Su único interés es que el avión alce vuelo.

Primero se acercó una azafata, pero no supo cómo resolver el problema. Luego el comisario de a bordo les sugirió a ambos que descendieran para ponerse de acuerdo en la sala de espera; pero los Giacomo Morete se negaron a obedecerlo. Y, finalmente, los pasajeros se inclinaron por alentar a uno o al otro Morete, no porque creyeran que uno era más verdadero que el otro, sino porque querían partir y pensaban que echando a cualquiera de los dos podrían lograrlo. Pero el número de pasajeros era par, y había tantos cinchando por un Morete como por el otro. El único que no gritaba era el viejito de la computadora personal: ahora jugaba a un ajedrez en el que cada pieza tenía cara humana, como si se burlara de todos los problemas con las caras que pudiera haber en el mundo.

Los argumentos a favor de uno u otro Morete aumentaban en cantidad y calidad a

medida que el tiempo pasaba. Todos carecían por completo de sentido, puesto que los pasajeros no tenían la menor idea de cuál pudiera ser el verdadero. Pero, sin interesarse en este pequeño detalle, improvisaban breves discursos, coplas y llamados a meter presos a ambos Morete. Un abogado anunció que la ley determinaba que el poseedor del asiento era aquel que hubiera llegado primero. Pero los dos Morete habían llegado al asiento exactamente al mismo tiempo: uno entrando por la puerta trasera y el otro por la delantera. Amén de que el abogado no explicitó cuál ley era aquella, ni de qué Constitución ni de qué país. Un médico sugirió realizar una operación de emergencia para convertir a los dos Morete en uno. Pero ambos Morete se negaron de cuajo, y a los pasajeros les pareció que operar llevaría más tiempo que echar por la fuerza a alguno de los dos.

Tan caldeados estaban los ánimos que incluso las azafatas y el comisario de a bordo tomaron partido, decidiendo al azar quién era el impostor y quién el verdadero. Los dos hermanos que se habían pasado la espera peleando de palabra eligieron cada uno un Morete distinto y se fueron a las manos directamente. El resto de los pasajeros parecía a punto de seguirlos... cuando el viejecito se puso de pie.



Había apagado y cerrado su computadora sin que nadie reparara en él. Entonces se irguió y dijo con voz firme:

—Señor Morete, mi nombre es Lorenzo Guerra y usted tiene una deuda conmigo.

Todos los pasajeros callaron. Ambos Morete lo miraron como si fuera un padre que llamara al orden a sus hijos mellizos. Pero no eran mellizos. Eran una misma persona repetida, que no es lo mismo.

—Usted, señor Morete —repitió el viejecito—, cursó el primario conmigo. Y, jugando a las figuritas, perdió una isla. También, por la misma apuesta, aceptó ser mi mayordomo. Me alegro que se haya hecho presente en este avión, pues aún debe firmar unos documentos para poder proceder legalmente a la transferencia de la isla. ¿Le parece que lo resolvamos ahora para ahorrar tiempo?

Uno de los Morete empujó al otro. Y el otro dijo:

—Adelante, señor Morete.

—¿Morete, yo? Morete es usted.

—¡No se burle de los pasajeros! —respondió el aludido—. ¡Ha estado defendiendo su ser Morete durante una hora y ahora, a punto de despegar, dice que Morete soy yo!

—¡Es usted el que dijo que era Morete durante una hora, impidiendo la salida del avión!

—Lo que a mí me importa —dijo el viejecito, agitando un papel— es que el verdadero Morete se haga cargo de este pagaré, firme el recibo y comience desde hoy a cumplir sus funciones como mi mayordomo, tal como está estipulado en nuestra apuesta. De lo contrario, nada me impedirá hacerlos llevar presos a ambos: a uno, por no querer cumplir con la apuesta. Y al otro, por impostor.

No había terminado el viejito de hablar, cuando uno de los dos Morete se quitó los lentes, la nariz postiza, la peluca, el maquillaje y el falso sobretodo, que en realidad era un delantal pintado de gris.

Antes de que pudieran verle con claridad la cara, salió corriendo rumbo a la puerta trasera, que una de las azafatas había dejado abierta con la ilusión de poder bajar a uno o a los dos Morete, pero sin preparar la escalerita que comunica el avión con el piso.

El Morete fugitivo se lanzó de cabeza, abor-dó un carrito portaequipajes y se perdió en esa oscuridad infinita que son las pistas de aterrizaje de noche, solo interrumpida por las pequeñas luces rojas, como estrellas del suelo.

El otro Morete, manteniendo completa su apariencia, dijo buenas tardes con mucha educación, aunque ya eran más de las diez de la noche, y se bajó del avión por la puerta delantera, que el comisario de a bordo había dejado abierta con la misma intención que la azafata.

Mientras dos azafatas cerraban, ahora sí, las dos puertas, los pasajeros se pusieron de pie para aplaudir la sabia solución improvisada por el viejecito.

—Todos podemos ser todos cuando nos toca reclamar —dijo con su voz mansa el anciano—. Pero son pocos quienes aceptan ser quienes son cuando les toca pagar.

Los pasajeros volvieron a sentarse con un cerrado aplauso, y el avión finalmente despegó.